

LA ZAMBRA

AÑO I.

PERIÓDICO DISPARATADO

Núm. 6

SE PUBLICA DOS VECES AL MES

PRECIOS DE SUSCRICION: Una peseta trimestre
en toda España.

TOTANA 8 JULIO 1888

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION,
Mayor-Triana, 13.

CRÓNICA

La cuestion minera es hoy en este pueblo el asunto que mina los cerebros de las personas mas industriozas, con grave detrimento de sus funciones intelectuales.

Es una especie de *hidrofobia subterránea* que se propaga con el carácter terrible de epidémica.

Los inteligentes que pertenecen á alguna sociedad a *la intemperie*, de esas en donde se toma.... el fresco con gotas de.... rocío, peroran á la luz de las estrellas proclamando las excelencias de sus acciones (mineras) y ofreciendo las buenas á tres pesetas el ciento, y prodigando las malas, á manos llenas y de valde.

Estos son los principales focos de infeccion, sobre los que, nuestros solícitos colegas locales, debieran llamar la atencion de la junta de sanidad.

Ayer, fui con unos amigos á la mina de mas *campanillas* que hasta la fecha se lleva descubierta, no tanto por comer en compañía de ellos, como por haber aprovechado el primer descuido que tuvieron para llenarme los bolsillos del oro y la pedrería que de ella van á sacar á espuestas.

En el camino, un *primo*.... del descubridor ponderándome las riquezas que iba á presenciar, me decía.

—La que vamos á ver es, precisamente la mina en que cargó Carlos III el oro que se fué á pique con los galeones en el puerto de Vigo. Ya veras, ya veras que variedad de metales preciosos.

Llegamos provistos de candiles, penetramos en una especie de madriguera de zorras que sirve como de vestibulo al templo de la riqueza.

El primo y yo íbamos los últimos. Caminando por aquel laberinto llegamos por fin á un punto donde mi acompañante, que se precia de ser inteligente, empezó ya á ver filones.

—Mira—me dijo, arrancando con una piqueta un pedruzco negro.—¿Sabes que es esto?

—Eso—contesté yo—un trozo de pizarra.
—¡Ignorante: esto es hierro nativo!
Cogí el pedruzco en mis manos, y mientras lo examinaba, oí otra vez.

—¿Ves este otro? Fíjate bien....
Lo examiné y dije—greda.

¡Hereje!—Contestó furioso—esto es tierra argentífera nativa—y dió otro piquetazo y me mostró otro pedruzco encarnado.—¿Conoces este?

—Este—dije yo, creyendo hacerle mucho favor y en tono de naturalista—Este es almazarrón nativo.

Indignado contestóme:—tierras auríferas, ignorante, tierras auríferas, nativas. ¡Pero que veo!—Y corrió hacia un extremo de la galería, donde á la escasa luz del

candil que tenia yo en la mano se veía confusamente un papel en el suelo.

Yo me dije—algun documento que se dejó ahí olvidado Carlos III.

En aquel momento, un poco de tierra desprendida del techo apagóme el candil y quedamos en la mas completa oscuridad. No llevábamos fósforos; sin embargo, mi compañero, avanzó tentando el suelo.

De pronto, una interjeccion vino á interrumpir el silencio en que yacíamos.

—¡Ya!—dije yo—ahora ha tropezado con un filon de diamantes y contra él se habrá roto la crisma—¿Qué te ocurre? le pregunté.

—Que he dado con una sustancia blanda.

—Será mercurio nativo.—Pero apróximandome á donde estaba, mi agudo olfato me impuso de la verdadera naturaleza del nuevo mineral descubierta.

En aquel momento volvian nuestros compañeros. A la luz de sus candiles pudimos ver al visionario minero dando fuertes arqueadas. Sin duda lo extraordinario del caso disipando sus ilusiones le hizo ver claro, por que se apoderó de un candil y salió de la mina gritando—nada, aqui no hay nada mas que esto. Y... no hubo mas que merezca contarse.

La reunion celebrada en casa de D.^a Rogueda estuvo animadísima.

La espaciosa sala de recibir se encontraba llena de gente y de humo de *á treinta y cinco céntimos de peseta*.

Aquel dia se habia publicado el último número de LA ZAMBRA; sus redactores, que como saben Vds. muy bien porque ya lo dijo un crítico indígena, acostumbramos á vestir de gala los dias en que se exponen «á la verguenza pública» nuestros trabajos literarios (segun otro crítico no menos culto) los redactores, digo, habíamos estrenado *siete pesetas* de americana de alpaca. Porque eso sí; *calid* y buen gusto en los guñapos de acristianar, ni el mismísimo Perico... el de los palotes tiene mas que nosotros.

Yahace tiempo que nos lo dijo una niña desgraciada, aunque escrofulosa, que estudió para maestra de acordeon, é hizo la carrera con aprovechamiento.—¡Olé por los niños de LA ZAMBRA!—No pudo por menos de exclamar un dia mientras nos tocaba una polka para que la bailáramos de «punta y tacon» con una artista de sacristía, quiero decir, organista consorte.

Ello, bromas aparte, es que Siul y yo vestíamos aquella noche, elegantes sí, pero de alpaca.

Precisamente aquella tarde llegamos ambos al pueblo de vuelta de un viaje. (Esto para que sepan Vds. que somos hombres de cierta importancia). Siul, volvía de tomar las aguas de Uberuaga infalibles se-

gun los reclamos para toda clase de dolores de contricion; yo, de dar un vistazo á un baucalito que tiene mi padre en el Torrejon.

Ambos penetramos á la vez en la sala, radiante á la sazón de luz y de *juerga*, es decir, de baile.

Huyendo del bullicio y la animacion, pasamos á un gabinete donde reunidas habia unas cuantas mamás y tres ó cuatro niñas desengañadas del mundo y de sus pompas.

Siul, que tiene buen ojo, aunque suele usar quevedos ahumados, tendió la vista y señalóme un rincon, en donde un par de señoritas se entretenian en leer el último número de nuestro periódico.

—Ves aquel par de pimpollos?—me dijo—pues á su lado pasaremos la noche.

—El caso es que yo no conozco á ninguna.

—Bueno, voy á presentarte.

—Pero dame antes algun antecedente.

—¿Antecedentes quieres? Vulgarísimos, hijo, vulgarísimos. Cuatro ó cinco novios en distintas épocas de sus adolescencias, algun primo consejero que les ha servido de preceptor y maestro de arpa y el correspondiente tío que se interpone entre la niña y el aire del novio y del primo.

—Dime: ¿Y aquella, la moñetuda de ojos de mater dolorosa y boca de hotentote á la inversa, es decir, de lábios de marfil y dientes de cok, tiene ahora compromiso amoroso; es aficionada al género romántico?

—Aquella, vaca.

—¿Dices vaca? pues no lo parece.

—Quiero decir que está vacante de novio.

—Bueno, pues ya puedes presentarme.

Cercámonos. Siul hizo mi presentacion y yo tomé asiento cerca de la vacante, es decir, de la que no tenia novio.

Queriendo distraerla habléla de varias cosas y á la postre recayó nuestra conversacion acerca del teatro.

—Me gusta la zarzuela sobre todas las cosas—me decía mi interlocutora—pero mis favoritas son La Gran Via, La Mascota y Bocaccio.

—En efecto, señorita, tienen esas obras una música tan juguetona y alegre, que no extraño se encuentre en armonía con su carácter.

Se equivoca V. caballero, si cree que mi carácter es como dice. En mi, á pesar de mis gustos, predomina siempre la tristeza y la apatia; pero son tan interesantes esas obras. ¡Ay! Si supiera V. como me encantan aquellos expresivos codazos que «la pobre chica» aplica al caballero de gracia cuando dice aquello de «y cuatro horas en cualquier cosa se pasan».

¡Pues y la escena de la serenata de Bocaccio y la de la higuera, y la del principe con la tonelera!

—¡Ah! Superiores, señoritas, superiores.

—Pero sobre todo la Mascota; la mascota es superior á todas; por que mire V. que